

pa, murieron ó se ausentaron; la amistad de los árabes, que es preciso estar siempre fomentando con regalos, se entibió; las relaciones se hicieron ménos frecuentes, y lady Ester cayó en el completo aislamiento en que yo la encontré;—pero entónces cabalmente fué cuando mas manifestó el heroico temple de su carácter, toda la energía, toda la constancia de resolucion de aquella alma. No pensó en volverse atras; no dió una sola lágrima al mundo ni á lo pasado; no flaqueó bajo el abandono, bajo el infortunio, bajo la perspectiva de la vejez y del olvido de los vivos; quedóse sola donde todavía está, sin libros, sin periódicos, sin cartas de Europa, sin amigos, hasta sin criados, rodeada solo de algunas negras y de algunos niños esclavos negros, y de cierto número de labradores árabes para cuidar su huerto, sus caballos, y atender á su seguridad personal. Se cree generalmente en el pais, y mis relaciones con ella me mueven á mí tambien á creer, que halla la fuerza sobrenatural de su alma y de su resolucion, no solo en su carácter, mas tambien en la ecsaltacion de sus ideas religiosas, en las que el iluminismo de Europa se halla confundido con algunas creencias orientales, y sobre todo, con las maravillas de la astrología. Sea como quiera, lady Stanhope es un gran nombre en Oriente, y un grande asombro para Europa (1).

(1) Hace algunos años que los periódicos ingleses y franceses han anunciado la muerte de esta muger extraordinaria.
—N. del T.

Hallándome tan cerca de ella, deseaba verla, su pensamiento de soledad y meditacion tenia tanta simpatía aparente con mis propios pensamientos, que quise averiguar qué puntos de contacto habia tal vez entre nosotros; pero nada es mas difícil para un europeo, que ser admitido á su presencia, pues se niega á toda comunicacion con los viajeros ingleses, con las mugeres y hasta con los individuos de su familia. Poca esperanza tenia yo, pues, de serle presentado, y no llevaba ademas para ella ninguna carta de recomendacion; pero sabiendo que conservaba algunas relaciones con los árabes de la Palestina y de la Mesopotamia, y que una recomendacion de su puño cerca de aquellas tribus, podria serme de suma utilidad en mis futuras correrías, tomé el partido de enviarle un árabe portador de esta carta:

“Milady:

“Viagero como vd., estrangero como vd. en el Oriente, adonde como vd., solo vengo á buscar el espectáculo de su naturaleza, de sus ruinas y de las obras de Dios, acabo de llegar á Siria con mi familia, y contaré en el número de los dias mas interesantes de mi viage, el dia en que conozca á una muger que es una de las maravillas de este Oriente que vengo á visitar.

“Si tiene vd. la bondad de recibirme, sírvase

hacerme saber el día que mas le convenga, y decirme si debo ir solo, ó si puedo llevarle à vd. algunos de mis amigos que me acompañan, y que no apreciarían ménos que yo el honor de serle à vd. presentados.

“Deseo, milady, que esta súplica no fuerce en nada, su cortesía de vd. á concederme lo que pueda repugnar á sus hábitos de retiro absoluto. Comprendo harto bien el precio de la libertad y el encanto de la soledad, para no comprender su negativa de vd. y para no respetarla.

“Quedo de vd., &c.”

No aguardé mucho tiempo la respuesta; el 30 á las tres de la tarde, el caballero de lady Stanhope, que es al mismo tiempo su médico, llegó á mi casa con órden de acompañarme á Djoun, residencia de aquella muger extraordinaria.

A las cuatro de la tarde nos pusimos en camino; yo, el doctor Leonardi, M. de Parseval, un criado y un guía, todos á caballo. Atravesé á media hora de Berut, un bosque de pinos magníficos, plantados por el emir Fakardin sobre un alto promontorio, cuya vista se estiende á la derecha sobre el tempestuoso mar de Siria, y á la izquierda, sobre el magnífico valle del Líbano,—punto de vista admirable, donde las riquezas de la vegetacion á el occidente, la vid, la higuera, la morera, el álamo piramidal; se unen à algunas enhiestas columnas de

palmeras del Oriente, cuyas anchas hojas hacia ondear el viento como un penacho sobre el fondo azul del firmamento. A pocos pasos de allí, se entra en una especie de desierto de arena roja acumulada en enormes y movibles olas como las del océano.—Hacia una tarde de recia brisa, y el viento las surcaba, las encrespaba, las revolvía como encrespa y revuelve las olas del mar.—Aquel espectáculo era nuevo y triste como una aparición del verdadero y vasto desierto que pronto iba yo á recorrer.—Ninguna huella de hombres ni de animales subsistía sobre aquella ondulosa arena; solo nos guiábamos por el rugido de las olas, á un lado y al otro por las transparentes cumbres del Líbano.—Pronto hallamos una especie de camino ó sendero sembrado de enormes peñones angulares.—Aquel camino, que sigue el mar hasta Egipto, nos condujo hasta una casa ruinada, resto de una antigua torre fortificada, donde pasamos las sombrías horas de la noche, tendidos sobre una estera y embozados en nuestras capas.—Apénas salió la luna, volvimos á montar á caballo.—Hacia una de aquellas noches en que el cielo está todo cubierto de estrellas, en que parece que la mas perfecta serenidad reina en aquellas profundidades etéreas que contemplamos desde esta tan baja hondura; pero donde la naturaleza al rededor nuestro parece que gime y se retuerce en sinietras convulsiones.—El desolado aspecto de la costa contribuía á agravar, hacia algunas leguas, es-

ta penosa impresion.—Habiamos dejado á nuestra espalda, con el crepúsculo, las hermosas laderas sombreadas, los verdes valles del Líbano.—Asperas colinas, sembradas de arriba á bajo de piedras negras, blancas y grises, reliquias de antiguos terremotos, se alzaban al lado de nosotros; á nuestra izquierda y á nuestra derecha, el mar agitado desde por la mañana por una sorda tempestad, desarrollaba sus ponderosas y amenazantes olas, que veíamos venir de lejos por la sombra que proyectaban delante de ellas, que azotaban luego la ribera, lanzando cada cual su trueno, y prolongaban en fin su ancha é hirviente espuma hasta el lindero de húmeda arena por donde caminábamos, inundando cada vez los cascros de nuestros caballos y amenazando arrastrarnos consigo;—una luna, tan brillante como un sol de invierno, derramaba bastantes rayos de luz sobre el mar para descubrirnos su furor, y no suficiente claridad sobre el suelo que pisábamos para tranquilizar la vista en punto á los riesgos del camino.—Pronto el resplandor de un incendio se mezcló sobre la cima de las montañas del Líbano con las brumas blancas ó sombrías de la mañana, y derramó sobre toda aquella escena una tinta falsa y cenicienta, que no es ni el dia ni la noche, que no tiene ni el brillo del uno ni la serenidad de la otra; hora triste á la vista y al pensamiento, lucha de dos principios contrarios de que la naturaleza suele ofrecer

el doloroso espectáculo, y que con mas frecuencia hallamos en nuestro propio corazon.

A las siete de la mañana, con un sol abrasador, saliamos de Saide, la antigua Sidon, que se avanza sobre las olas como un glorioso recuerdo de una dominacion pasada, y trepábamos unos cerros calizos, desnudos, desgarrados, que, alzándose de piso en piso, nos llevaban á la soledad, que en vano buscábamos con los ojos. A cada cerro que subiamos, descubriamos otro mas alto que era preciso torcer ó subir; las montañas se encadenaban con las montañas, como los eslabones de una cadena, no dejando entre sí mas que profundas barrancas sin agua, blanqueadas, sembradas de peñones grises. Esas montañas están completamente despojadas de vegetacion y de tierras: son esqueletos de colinas que las aguas y los vientos han roido hace muchos siglos.—No me esperaba yo ciertamente hallar allí la morada de una muger que ha visitado el mundo, y que ha podido escoger su retiro en todo el universo.—En fin, desde lo alto de uno de aquellos pelados riscos tendí la vista sobre un valle mas profundo, mas ancho, limitado por todos lados por montañas mas magestuosas, pero no ménos estériles. En medio de aquel valle, como la base de una ancha torre, nacia la montaña de Djioun, y se redondeaba en bancos de rocas circulares que, adelgazándose à medida que se

acercaban á sus cimas, formaban en fin, un llano de algunos centenares de toesas de anchura, y se coronaban de una graciosa y verde vegetacion.— Una tapia blanca, flanqueada de un kiosko en uno de sus ángulos, rodeaba aquella masa de verdura.— Aquella era la morada de lady Ester: á las doce del dia llegamos á ella. La casa no es lo que se llama así en Europa,—no es siquiera lo que se llama casa en Oriente; es una estraña y confusa reunion de diez ó doce casitas; cada una de las cuales no contiene mas que una ó dos piezas en el piso bajo, sin ventanas, y separadas unas de otras por pequeños patios ó jardines, conjunto en un todo semejante al aspecto de esos pobres conventos que se hallan en Italia ó en España, sobre las altas montañas y pertenecen á órdenes mendicantes.— Segun su costumbre, lady Stanhope no se dejaba ver ántes de las tres ó las cuatro de la tarde, por lo que, para esperarla, nos llevaron á cada uno, á una especie de celda estrecha, sin luz y sin muebles. Sirviéronnos de almorzar, y nos tendimos sobre un divan aguardando á que se despertase la invisible señora de aquella romántica morada.— Quedéme dormido, y á las tres entraron á despertarme para anunciarme que me esperaba milady:— atravesé un patio, un jardin, un bellissimo kiosko, luego dos ó tres corredores oscuros, y fuí introducido por un negrillo de seis á ocho años en el gabinete de lady Ester.—Reinaba en él una oscuri-

dad tan profunda, que apénas pude distinguir las facciones nobles, graves, dulces y magestuosas de la blanca figura que, en trage oriental, se levantó del divan y se adelantó alargándome la mano. Lady Ester parece tener unos cincuenta años; sus facciones son de aquellas que los años no pueden alterar; la frescura, los colores, la gracia se van con la juventud, pero cuando la belleza reside en la forma misma, en la pureza de las líneas, en la dignidad, en la magestad, en el pensamiento de un semblante de hombre ó de muger, la belleza cambia en las diferentes épocas de la vida, pero no pasa.—Tal es la de lady Stanhope.—Llevaba en la cabeza un turbante blanco, en la frente una venda ó tira de lana de color de púrpura que le caía por ambas sienes sobre los hombros. Un largo chal amarillo de Cachemira, un inmenso ropage turco de seda blanca, con mangas bobas, rodeaban toda su persona en sencillos y magestuosos pliegues, y solamente se veia en la abertura que dejaba aquella primera túnica sobre su pecho, un segundo vestido de tejido de lana de Persia, floreado, que subia hasta el cuello, prendido con un broche de perlas. Unos borceguies turcos de tafilete amarillo bordado de seda, completaban aquel hermoso trage oriental que ella manejaba con la soltura y la gracia de una persona que nunca ha usado otro desde su juventud.

—De muy léjos ha venido vd. para ver á una ermitaña, me dijo; sea vd. bien venido; recibo pocos estrangeros, uno ó dos todo lo mas al año; pero su carta de vd. me ha gustado, y he deseado conocer á una persona que ama, como yo, á Dios, la naturaleza y la soledad. Una secreta voz me decia ademas que nuestras estrellas son amigas, y que nos convendriamos mútuamente: veo con placer que mi presentimiento no me ha engañado, y sus facciones de vd., el solo ruido de sus pisadas miéntras atravesaba vd. ese corredor, me han hecho conocerle á vd. lo bastante para que no me arrepienta de haber querido verle.—Sentémonos y hablemos.—Ya somos amigos.—¿Cómo, le dije, milady, honra vd. tan pronto con el título de amigo á un hombre cuyo nombre y cuya vida le son completamente desconocidos? vd. ignora quien soy yo.—Es verdad, repuso; no sé ni lo que vd. es segun el mundo, ni lo que ha hecho miéntras ha vivido entre los hombres; pero sé ya lo que es vd. delante de Dios. No me tome vd. por una loca, como me llama muchas veces el mundo; pero no puedo resistir á la necesidad de hablarle á vd. con el corazon en la mano. Hay una ciencia, perdida hoy en Europa, ciencia que nació en Oriente, donde nunca ha perecido y donde todavía vive.—Yo la poseo.—Yo leo en los astros.—Todos somos hijos de alguna de esas luminarias que presidieron á

nuestro nacimiento, y cuya feliz ó maligna influencia está escrita en nuestros ojos, en nuestras frentes, en todas nuestras facciones, en los lineamientos de nuestra mano, en la forma de nuestro pié, en nuestros ademanes, en nuestro porte; no hace mas que un minuto que le estoy viendo á vd., y sin embargo, le conozco como si hubiéramos vivido juntos un siglo.—¿Quiere vd. que le revele á sí mismo?—¿Quiere vd. qué le prediga su destino?—Guárdese vd. de hacerlo, milady, le respondí sonriendo; no niego lo que ignoro; no aseguraré que en la naturaleza visible é invisible en que todo se enlaza, todo se encadena, séres de un orden inferior, como el hombre, no están bajo la influencia de séres superiores, como los astros ó los angeles; pero no tengo necesidad de su revelacion para conocerme á mí mismo,—corrupcion, debilidad, miseria!—Y en cuanto á los arcanos de mi destino futuro, temeria profanar á la Divinidad, que me los oculta, si se los preguntase á la criatura.—En punto á porvenir, no creo mas que en Dios, en la libertad y en la virtud.

No importa, me dijo, crea vd. lo que quiera; yo en cuanto á mí veo evidentemente que vd. ha nacido bajo la influencia de tres estrellas prósperas, poderosas y buenas que le han dotado de cualidades enteramente análogas, y le conducen á un fin que yo podria, si quisiera, indicar á vd. hoy mis-

mo.—Dios le trae á vd. aquí para iluminar su alma; vd. es uno de esos hombres de deseos y de buena voluntad que él necesita, como instrumentos, para las obras maravillosas que pronto va á consumir entre los hombres. —¿Cree vd. que ya haya llegado el reinado del Mesías?—He nacido cristiano, le dije; con esto le respondo á vd.—¡Cristiano! replicó frunciendo ligeramente el ceño;—yo también soy cristiana; pero el que vd. llama Cristo ¿no ha dicho:—“Yo os hablo todavía por parà-“ bolas, pero el que ha de venir despues de mí os “ hablará en espíritu y en verdad?”—¡Pues bien, ese es el que esperamos! ¡Ese es el Mesías que no ha venido aún, que no está léjos, que veremos con nuestros ojos, y para cuya venida todo se prepara en el mundo!—¿Qué responderá vd? ¿Y como podrá vd. negar ó retorcer las palabras mismas de su evangelio que acabo de citarle? ¿Qué motivos tiene vd. para creer en Cristo?

Permítame, vd., milady, repuse, que no entre con vd. en semejante discusion, en que tampoco entre con migo mismo.—Hay dos luces para el hombre; una que ilumina la mente, que está sujeta á la discusion, á la duda, y que muchas veces no conduce mas que al error y al estravío; otra que ilumina el corazon, y que nunca engaña, porque es justamente evidencia y conviccion, y para nosotros, míseros mortales, la verdad no es mas que una conviccion.

¡Dios solo posee la verdad de otro modo y como verdad; nosotros no la poseemos mas que como fé! —Yo creo en Cristo, porque ha traído á la tierra la doctrina mas santa, mas fecunda, y mas divina que ha derramado jamas su luz sobre la inteligencia humana.—Una doctrina tan celestial no puede ser el fruto de la ilusion y de la mentira.—Cristo lo ha dicho como lo dice la razon.—Las doctrinas se conocen por su moral, como el árbol por sus frutos; los frutos del cristianismo,—hablo de sus frutos venideros, mas aún que de sus frutos ya recogidos y corrompidos, son infinitos, perfectos y divinos;—luego la doctrina en sí misma es divina;—luego su Autor es un verbo divino, como él se llamaba á sí mismo.—He aquí por qué soy cristiano, he aquí toda mi controversia religiosa conmigo mismo; con los demas no tengo ninguna; no se le prueba al hombre sino lo que ya cree.—Pero en fin, repuso lady Ester, ¿encuentra vd el mundo social, político y religioso bien ordenado? ¿Y no siente vd. lo que todos sienten, la falta, la necesidad de un revelador, de un redentor, del Mesías que aguardamos y que ya vemos en nuestros deseos?

—¡Oh! en cuanto á eso, le dije, esa es ya otra pregunta. Nadie mas que yo padece y gime oyendo el gemido universal de la naturaleza, de los hombres y de las sociedades: nadie declara mas sin rehusos los enormes abusos sociales, políticos y re-

ligiosos; nadie desea ni espera mas un reparador de esos intolerables males de la humanidad; nadie está mas convencido de que ese reparador ha de ser necesariamente divino! — Si á esto llama vd. esperar un Mesías, le espero como vd., y mas que vd., suspiro por su prócsima aparicion; como vd., y mas que vd., veo en las vacilantes creencias del hombre, en el tumulto de sus ideas, en el vacío de su corazon, en la depravacion de su estado social, en los repetidos sacudimientos de sus instituciones políticas, todos los síntomas de un trastorno, y por consiguiente de una cercana é inminente renovacion. Creo que Dios se manifiesta siempre en el momento preciso en que todo lo que es humano es insuficiente, en que el hombre confiesa que nada puede para sí mismo. A esa situacion ha llegado el mundo; creo, pues, en un Mesías cercano á nuestra época; pero en ese Mesías no veo á Cristo, que nada mas tiene que darnos en punto à virtud y verdad; veo al que Cristo ha anunciado que vendrá despues de él, — á ese Espíritu santo, siempre en accion, siempre asistiendo al hombre, siempre revelándole, segun el tiempo y las necesidades, lo que debe hacer y saber. — Que ese espíritu divino se encarne en un hombre ó en una doctrina, en un hecho, ó en una idea, poco importa; siempre es él; hombre ó doctrina, hecho ó idea, espero en él y le aguardo, y mas que vd., milady, le invoco! Ya ve

vd. que podemos entendernos, y que nuestras estrellas no son tan divergentes como ha podido hacérselo á vd. creer esta conversacion.

Sonrióse oyendo esto, y sus ojos, á veces algo sombríos miéntras me oía confesarle mi racionalismo cristiano, se iluminaron con una ternura de mirada y una luz casi sobrenatural.

— Crea vd. lo que quiera, me dijo, no por eso deja vd. de ser uno de aquellos hombres que yo esperaba, que la Providencia me envia, y que tienen una gran parte de trabajo reservado en la obra que se prepara: pronto volverá vd. á Europa; la Europa acabó; la Francia solo tiene una gran mision que cumplir aún; vd. tendrá parte en ella, no sé todavía cómo, pero puedo decírselo á vd. Esta noche, cuando haya consultado sus estrellas. — Todavía no sé los nombres de todas; ahora veo mas de tres; cuatro distingo, acaso cinco, y, ¿qué sé yo? mas aún. Una de ellas es seguramente Mercurio, que da la claridad y el color á la inteligencia y à la palabra: vd. debe ser poeta: eso se lee en sus ojos de vd. y en la parte superior de su rostro; mas abajo, está vd. bajo el imperio de astros enteramente diferentes, casi opuestos; hay una influencia de energía y de accion; tambien hay algo de sol, añadió de repente, en la postura de su cabeza de vd. y en el modo como la inclina vd. sobre el hombro izquierdo. — Dé vd. gracias á Dios; hay po-

cos hombres que hayan nacido bajo mas de una estrella, pocos cuya estrella sea próspera, ménos aún, cuya estrella, aunque sea favorable, no esté equilibrada por el influjo maligno de una estrella opuesta: vd., por lo contrario, tiene muchas y todas están en armonía para servirle, y todas se ayudan entre sí en su favor. ¿Cuál es su nombre de vd.?—Se lo dije.—¡Nunca le habia oido (1)! repuso con el acento de la verdad.

—Hé ahí, milady, lo que es la gloria.—He compuesto algunos versos en mi vida que han hecho repetir un millon de veces mi nombre por todos los ecos literarios de Europa; pero ese eco es demasiado débil para atravesar sus mares y sus montañas de vd., y aquí soy un hombre enteramente nuevo, un hombre completamente desconocido, un nombre nunca pronunciado! Eso mismo me hace mas lisonjera la benevolencia que vd. me prodiga, pues no la debo mas que á vd. y á mí.

—Sí, me dijo, poeta ó no, vd. me es simpático y espero en vd.: ¡nos volverémos à ver, esté vd. seguro! Usted regresará al Occidente; pero no tardará mucho en volver á Oriente: esta es su patria de vd.

(1) Sin embargo, la carta que le escribió el autor, probablemente iria firmada. A la onenta lady Ester, que, á lo que parece, estaba algo tocada de la cabeza, lo habria olvidado.—N. del T.

—Es á lo ménos, le dije, la patria de mi imaginacion.—No se ria vd., repuso; esta es la verdadera patria de vd., la patria de sus padres. Ahora estoy segura de ello; mire vd. su pié.—No veo en él, le dije, mas que el polvo de los senderos, que le cubre, y de que me avergonzaria en un salon de Europa.—No, no es eso, prosiguió:—mire vd. su pié:—ni yo mismo lo habia reparado.—Mire vd.: el empeine es muy elevado, y cuando el pié está posado en el suelo, deja entre el talon y los dedos un espacio suficiente para que pase el agua por él sin mojarle.—Ese es el pié del àrabe, el pié del Oriente; vd. es un hijo de estos climas, y ya está cercano el dia en que cada cual volverà á la tierra de sus padres.—Nos volveremos à ver.—Entre entónces un esclavo negro, y postrándose delante de ella, la frente sobre la alfombra y las manos sobre la cabeza, le dijo algunas palabras en àrabe.—Vaya vd., me dijo; ya está dispuesta la comida; coma vd. aprisa y vuelva pronto; voy á ocuparme en vd. y á ver mas claro en la confusion de mis ideas acerca de su persona y su porvenir de vd. Yo nunca como con nadie; vivo muy sóbriamente; pan y un poco de fruta, á las horas en que se deja sentir la necesidad, me bastan, y no debo poner á un huésped á mi régimen.—Condujéronme á una glorietta de jazmin y adelfa, á la puerta de sus jardines, donde estaba puesta una mesa para M. de Parceval y para mí, comimos muy aprisa, pero la-

dy Ester no esperó á que acabáramos, y envió á Leonardi á decirme que me aguardaba.—Acudí al instante y la encontré fumando una larga pipa oriental; me hizo traer otra. Ya estaba yo acostumbrado á ver fumar á las mugeres mas elegantes y hermosas del Oriente, y no me chocaban en manera alguna aquella graciosa é indolente actitud, ni aquel aromático humo que se eschala en leves columnas de los labios de una hermosa, interrumpiendo la conversacion sin enfriarla.—Mucho tiempo hablamos así sobre el asunto favorito, sobre el tema único y misterioso de aquella muger extraordinaria, moderna maga, que recuerda enteramente las famosas magas de la antigüedad.—Circe de los desiertos.

Parecióme que las doctrinas religiosas de lady Ester eran una mezcla hábil, aunque confusa, de las diferentes religiones en medio de las cuales se ha condenado á vivir, misteriosa como los drusos, cuyo secreto místico ella sola acaso conoce en el mundo; resignada como el musulman, y fatalista como él; con el judío, aguardando el Mesías, y con el cristiano, profesando la adoracion de Cristo y la práctica de su caritativa moral. Añádase á esto los colores fantásticos y los sueños sobrenaturales de una imaginacion teñida de Oriente y acalorada por la soledad y la meditacion, algunas revelaciones, tal vez, de los astrólogos arabes, y se formará

una idea de aquel singular y sublime compuesto, que es mas cómodo llamar locura, que analizar y comprender.—No, esta muger no está loca.—La locura, que se escribe en caracteres harto evidentes en los ojos, no está escrita en su hermosa y recta mirada; la locura, que se revela siempre en la conversacion, cuyo hilo corta siempre con arranques bruscos, desordenados, escéntricos, no se percibe ni aun remotamente en la conversacion elevada, mística, nebulosa, pero sostenida, lógica y vigorosa de lady Ester.—Si yo hubiera de pronunciar un juicio, diria mas bien que es una locura voluntaria, estudiada, que se conoce á sí misma, y que tiene sus razones para parecer locura.—La poderosa admiracion que su genio ha ejercido y ejerce todavía sobre las poblaciones árabes que rodean las montañas, prueba suficientemente que esa supuesta locura no es mas que un medio. Los hombres de esta tierra de prodigios, estos hombres de las rocas y de los desiertos; cuya imaginacion es mas colorada y brumosa que el horizonte de sus arenales ó de sus mares, necesitan la palabra de Mahoma ó de lady Stanhope! ¡Necesitan el comercio de los astros, las profecías, los milagros, la segunda vista del genio!—Lady Stanhope ha comprendido, primeramente por la alta capacidad de su inteligencia verdaderamente superior; luego, tal vez, como todos los séres dotados de vastas facultades intelectuales, ha acabado por seducirse así misma, y por

ser la primera neófito del símbolo que se había creado para otros.

Tal es el efecto que esta muger ha producido sobre mí; no se la puede juzgar ni clasificar con una sola palabra; es una estatua de inmensas dimensiones que no se puede juzgar mas que desde su punto de vista.—No me sorprenderia que algun dia, no lejano, realizase una parte del destino que se promete á sí mismo, un imperio en la Arabia, un trono en Jerusalem!—La menor conmocion política, en la region del Oriente que habita, podria elevarla hasta ese grado.—No tengo sobre ese punto, le dije, mas que una reconvencion que hacer á su genio de vd., y es la de haber sido demasiado tímida con los sucesos y no haber empujado, bastante á su fortuna hasta donde podia conducir-la.—Vd. habla, me respondió, como un hombre que cree todavía demasiado en la voluntad humana, y no bastante en el irresistible imperio del destino solo; mi fuerza reside solo en él. Yo le espero, no le llamo; voy envejeciendo, mi caudal ha disminuido mucho, ahora me hallo sola y abandonada á mí misma sobre esta roca desierta, espuesta á ser presa del primer atrevido que quisiera forzar mis puertas, rodeada de un puñado de criados infieles y de esclavos ingratos que me despojan todos los dias, y á veces amenazan mi vida; no hace mucho que se la debí á este puñal, del que tuve que servirme para defender mi pecho de un esclavo

negro á quien he criado! Pues bien, en medio de todas estas tribulaciones, soy feliz; á todo respondo con la palabra sagrada de los musulmanes: ¡Alá Kenin! ¡la voluntad de Dios! y aguardo con confianza el porvenir de que le he hablado á vd., y del que quisiera inspirarle la certidumbre que debe vd. tener.

Despues de haber fumado varias pipas y tomado varias tazas de café que nos traian los esclavos negros de cuarto en cuarto de hora:—Venga vd., me dijo, que quiero llevarle á un santuario donde no dejo penetrar á ningun profano; hablo de mi jardin.—Llegamos á él bajando unos escalones, y recorrí con ella, verdaderamente encantado, uno de los mas hermosos jardines turcos que he visto todavía en Oriente.—Sombríos emparrados cuyas bóvedas de verdura sostenian, como millares de arañas, las espléndidas uvas de la tierra prometida; kioskos en que los arabescos esculpidos se entrelazaban con los jazmines y las plantas rastreras enredaderas del Asia; estanques adonde un agua artificial, es cierto, iba desde una legua á murmurar y á alzarse en los caños de mármol; calles de arena ribeteadas de todos los árboles frutales de Inglaterra, de Europa, de aquellos hermosos climas; verdes praderas sembradas de arbustos, y de compartimentos de tiestos de mármol cubiertos de flores nuevas para mis ojos:—tal era aquel jardin. Sentámonos en varios de los kioskos que le ador-

nan, y nunca la inagotable conversacion de lady Ester perdió el tono místico y la elevacion de argumento que habia tenido por la mañana.

Una vez que el hado, me dijo en fin, le ha enviado á vd. aquí, y que una simpatía tan admirable entre nuestros astros me permite confiarle á vd. lo que ocultaria á tantos profanos, venga vd., que quiero hacerle ver con sus ojos un prodigio de la naturaleza, cuyo destino solo es conocido de mí y de mis adeptos;—las profecías del Oriente le habian anunciado hace muchos siglos, y vd. mismo va á juzgar si se han cumplido esas profecías.—Abrió, esto diciendo, una puerta del jardin que daba sobre un pequeño patio interior donde ví dos magníficas yeguas árabes de primera raza y de una rara perfeccion de formas.—Acérquese vd., me dijo y mire esa yegua baya; vea si la naturaleza no ha consumado en ella todo lo que está escrito acerca de la yegua que ha de llevar sobre sus lomos al Mesías:—nacerá ensillada.

Ví en efecto en aquel hermoso bruto un capricho de la naturaleza bastante singular para fomentar la ilusion de una credulidad vulgar entre pueblos semi-bárbaros:—La yegua tenia entre los cuartos delantero y trasero una cavidad tan espaciosa, y que imitaban tan perfectamente la forma de una silla turca, que se podia decir con verdad que habia nacido ensillada, y salvo la falta de los estribos, se la podia en efecto montar sin que necesita-

se una silla artificial:—aquella yegua bellísima por todo lo demas, parecia acostumbrada á la admiracion y al respeto que le manifestaba lady Stanhope y sus esclavos, y presentir la dignidad de su futura mision; nadie la ha montado nunca, y dos palafreneros árabes la cuidan y la vigilan constantemente, sin perderla de vista un solo instante. Otra yegua blanca, y en mi concepto infinitamente mas hermosa, divide, con la yegua del Mesías, el respeto y los cuidados de lady Stanhope; nadie la ha montado tampoco. Lady Ester no me dijo, pero me dió á entender que, aunque el destino de la yegua blanca era ménos santo, tenia tambien sin embargo un destino misterioso é importante, y creí comprender que lady Stanhope la reservaba para montarla ella el dia en que efectuase su entrada, al lado del Mesías, en la Jerusalem reconquistada. Despues de haber hecho pasear un rato aquellos dos hermosos animales por un prado fuera del recinto de la fortaleza, y gozado de la admirable flecsibilidad y gracia de sus movimientos, volvimos al jardin, y reiteré á lady Ester mis instancias para que me permitiese, en fin, presentarle á M. de Parseval, mi amigo y mi compañero de viage, que me habia seguido, á pesar mio, á su casa, y que me esperaba en vano desde por la mañana, un favor de que estaba tan deseoso.—Consintió al cabo en ello, y los tres pasamos juntos la tarde y parte de la noche en el saloncito que ya